

2 – 12: Apuntes de urgencia de camino hacia 1933

3 Diciembre 2018

Las menos andaluzas de las elecciones al Parlamento autonómico de esta comunidad, con la segunda mayor abstención de toda la historia, han dado un resultado sorprendente y preocupante por muchas cosas. Por un lado, evidentemente, por la irrupción tan fuerte de un partido con las connotaciones de VOX, con planteamientos tan de la extrema derecha tradicional española y con ribetes de xenofobia que, para más inri, ni tenía un mínimo programa que ofrecer a los andaluces. Pero también **por las reacciones que ha suscitado** que, en vez de analizar con seriedad porqué 400.000 andaluces han decidido votarlo, ya han estigmatizado a esas personas de “fascistas” y se han apresurado a convocar manifestaciones en su contra, dando una vez más prueba de que la democracia, para esos convocantes, solo es aceptada cuando se ejerce como ellos quieren.

El resultado de los comicios deja fuera de lugar un tópico muy asentado: Andalucía como territorio en el que siempre gana la izquierda; efectivamente, siempre hasta ahora había sido así, pero no tiene por qué serlo y, como en todos los lugares, el resultado depende de lo que voten **en cada caso** los electores. Ayer, votaron cerca del 50% de los que se acercaron a las urnas a tres partidos que dicen con claridad que no lo son, así que, aunque nos preocupe a algunos el fuerte ascenso del voto a uno de ellos ¿qué otra cosa sino aguantarnos tenemos que hacer los ciudadanos de otras opciones? Aparte de esto, **solo analizar los resultados con claves de las que utiliza la ciudadanía en esta tierra.**

Andalucía es una sociedad tan diversa como cualquier otra de España y, seguramente, de Europa. Diversa por orígenes, por creencias, por formas de vida, por situación social, por riqueza económica, por nivel cultural y de preparación, etc. Es una sociedad que, por circunstancias históricas muy variadas, no ha cultivado nunca un activismo social fuerte sino que estuvo sometida a los poderes tradicionales de las clases dirigentes, la religión oficial y el poder político (que en general eran los mismos). Solo en tiempos muy recientes se ha trabajado socialmente para **que los segmentos más modernos** de la ciudadanía, los más preparados y los más deseosos de ejercer su libertad individual, **tuvieran mayor peso en el amplio campo de las actividades generales de la sociedad**, de la actividad productiva o la intervención en política.

Pero, en demasiadas ocasiones, ese trabajo social no ha ido dirigido a conseguir peso social para esos segmentos sino hacia como convertirlos en correas de transmisión hacia los representantes políticos, tanto de un signo como de otro; es decir, tanto de partidos que aspiran a la conservación del *status quo* actual como de los que dicen aspirar

a cambiarlo. No hace falta poner ejemplos de los primeros porque son muy conocidos: desde la iglesia católica hasta los casinos de pueblo pasando por asociaciones patronales y muchas profesionales, forman parte del entramado que los mantienen. Pero también los partidos de izquierda han trabajado el control social al mayor nivel posible, empezando por el gobierno regional que ha fomentado el paternalismo y, al mismo tiempo, aunque tal vez no lo quisiera, el conservadurismo de lo poco que se tenía, con miras hacia su aprovechamiento electoral, hasta las asociaciones de vecinos o las ONGs por otros grupos políticos con retórica muy grandilocuente pero escasamente asentada en hechos de verdad. **Los andaluces también se han desencantado de los cantos de sirena de quiénes han demostrado darle más importancia a sus prejuicios que a su raciocinio.**

Así, el resultado de todos estos estímulos es **una sociedad en la que conviven muchas situaciones contradictorias**: niveles muy elevados de instrucción, a la que han accedido jóvenes que provienen de sectores sociales muy humildes, frente a áreas urbanas en las que predomina casi la marginalidad; en el caso de la actividad productiva, sectores de alta capacidad de innovación pero con gran escasez de recursos financieros con actividades de muy escasa productividad pero muy intensivas en empleo no cualificado; empleados públicos (sobre todo, en las diputaciones provinciales y la administración local de grandes municipios) con sueldos que doblan o triplican los de empleados privados en sus mismas áreas; una amplia clase media que gira alrededor de lo público con situaciones bastante favorables (por ejemplo, en el acceso barato a servicios culturales) vedadas a buena parte de los profesionales e incluso al pequeño empresariado, especialmente fuera del ámbito de las grandes ciudades...

Este magma no ha conseguido centrar su voto en un partido alternativo al PSOE a lo largo de las últimas décadas en primer lugar porque **el poder se ha beneficiado de la construcción del “estado del bienestar”** que, efectivamente, ha crecido mucho en todos los años de su gobierno, lo que dio lugar a un cierto conservadurismo de la sociedad andaluza: votar lo menos malo. La incapacidad del PP para crear esa alternativa y las corruptelas que se le han ido descubriendo en otros territorios se han traducido en la pérdida en pocos años de la mitad de los votos, que no han ido al partido del gobierno en la Junta sino, lógicamente, a la nueva formación de centro-derecha que ha surgido (Ciudadanos) y se ha ido abriendo la perspectiva de que podría haber cambio. Pero se necesitaba más, como veremos más adelante.

Por la izquierda, solo la crisis que se inició hace una década puso en la cuerda floja el sistema porque los recursos para mantenerlo han flojeado mucho. Inicialmente, la entrada en escena de la contestación alrededor del 15-M hizo subir el anticapitalismo tradicional y primario del que se alimentó siempre la izquierda e hizo pensar en que ahí podía estar una alternativa. Pero los años pasan sin que se noten cambios, **esa izquierda ha mostrado su apoyo a los sectores más reaccionarios de otros territorios** cuyos lemas

(“España nos roba”) tienden a hacer pensar que están en contra de las ayudas públicas que, aunque en retroceso (o precisamente por eso) constituyen buena parte de los recursos públicos andaluces para el sostenimiento social y los “alternativos” no saben crear un discurso (y una política) sobre cómo afrontamos nuestro principal problema, la falta de trabajo para una población que aumenta al mismo ritmo que la de España... y no quiere emigrar.

Los andaluces somos, como decía, antes, tan diversos como los demás españoles. Una de las cosas en las que somos muy diversos es en la forma de sentirnos andaluces: no es lo mismo la de Almería (quizás quiénes sienten menos eso de “ser andaluz”) que la de Cádiz o Sevilla. En realidad, somos muy de nuestro pueblo, aunque yo, que vivo en Sevilla pero nací en Jaén (igual que muchísimos más andaluces, que pueden ser naturales de Zamora, Badajoz o Barcelona, sin dejar de ser andaluces y españoles), no sé cual sea el mío.

Pero el andaluz es, como todo el mundo, **sensible a lo que son sus creencias y sentimientos**. Puede que no le guste la Feria de Sevilla en Sevilla pero le hace sonreír, cuando menos, el que en muchos sitios de España se la imite con casetas en las ferias locales o con una romería del Rocío en Australia. Y se molestará si a esas manifestaciones (que no dejan de ser festivas y sentimentales) se las considera como rancias, catetas, cutres o incluso casposas por parte de los modernos que juegan a querer cambiar de hoy para mañana sus costumbres de siglos. Cuando, tras el franquismo, en Sevilla, muchos que lo combatimos quisimos criticar la Semana Santa por su vinculación con la iglesia católica, nos surgió el antropólogo Isidoro Moreno, del comunista Partido del Trabajo, pidiéndonos separar la una de la otra y teorizando de las hermandades y cofradías como elementos nucleadores de las masas populares... No sé qué dirá ahora cuando una de las áreas de las que ha nacido VOX es la interpretación en clave integrista de la religión católica. Creo que no es difícil concluir que **los reiterados intentos de combatir el integrista** han tenido la respuesta de **la reafirmación de muchos más de los que defendían ese integrista antes**; lo mismo creo que ha pasado con cosas como el toreo... o la unidad de España.

Una de las cosas que más sorprenden, en principio, de estas elecciones andaluzas es lo fácil que ha sido desnaturalizarlas y convertirlas en unas primarias de las generales. Es evidente que la mencionada ausencia de un nacionalismo político en la sociedad andaluza es una de las razones para ello, pero entonces también sorprende lo fácilmente que el antisecesionismo catalán se ha convertido en otra palanca de movilización. Es cierto que hay varios cientos de miles de naturales de Andalucía y sus descendientes en Cataluña y que el perjuicio que la segregación puede ocasionarles puede haber pesado algo en lo bien que se han desenvuelto líderes de los partidos que han fomentado esa interpretación en clave nacional de nuestras elecciones; pero también hay andaluces de origen en los secesionistas, como el impresentable de Rufian, aunque lo más probable es

que el efecto de éste haya sido mayor que el de los que han tenido una actitud menos provocadora.

También por aquí llegamos a la respuesta popular, del votante poco acostumbrado a los análisis en profundidad de las grandes cuestiones y problemas de la sociedad, de **reaccionar contra los que mueven los asuntos que percibe como amenazas a su situación**. La polarización de la sociedad en un sentido llama a la polarización en el otro extremo y eso es algo que no está muy lejos de lo que pasó con tantísimos votantes estadounidenses de los estados industriales en declive que se inclinaron por Trump y, en mi opinión, **tiene poco que ver con el fascismo**.

En España llevamos varios años en los que el PP es, para la izquierda y no solo los populistas, aparte del partido de la corrupción, la extrema derecha. También Ciudadanos llegó a esa connotación después del acuerdo de gobierno con el PSOE tras las elecciones de diciembre de 2015 que fue bloqueado, al alimón, por el PP y Podemos. Está claro que este último partido no lo hizo por afinidad con el otro, pero también debería estarlo para él que si Ciudadanos (o el PSOE) llega a un acuerdo con el PP no tiene porqué ser por afinidad sino por otras cuestiones; de la misma manera, que **combatir todo posible acuerdo para la gobernabilidad lleva a situaciones extremas cuyas salidas no pueden ser sino, por lo menos, extrañas**. También está claro que no se criticó el acuerdo de gobierno en Italia entre la derecha xenófoba de la Liga y Salvini y el Movimiento Cinco Estrellas, en tiempo tan celebrado por los “alternativos” aquí e incluso mas modernamente por algún patrocinador de éstos como Julio Anguita con ocasión de ese pacto.

Con ello, estoy apuntando a que la responsabilidad política del voto a VOX está muy repartida; **la reflexión más evidente es que si hay una elección en clave nacional, los responsables nacionales del partido del gobierno no pueden quedar excluidos de ella**. Por supuesto que los responsables regionales, también, y más cuando, con el juicio de los ERE no se ha sabido encontrar una justificación clara de unas actuaciones que, en mi opinión, son de diferente sentido que las corrupciones del PP, pero tienen un resultado nada aceptable: **el uso de fondos públicos para actuaciones cercanas al clientelismo**. Algo parecido a lo que algunas políticas públicas de los “alternativos” pretenden, que no se sabe si tienen en la pobreza su justificación o en el clientelismo que también quieren practicar (por ejemplo, **el apoyo a sectores retrógrados y casi mafiosos del taxi**, a antiguos privilegiados por políticas de la Junta como los **trabajadores de Delphi** a los que se desenganchó de la manguera de las subvenciones, a algunos **trabajadores públicos que más actúan como extorsionadores que como servidores públicos**, a pensionistas que protestan porque reciben las prestaciones que les corresponden por sus cotizaciones...). Mientras, segmentos de pequeños comerciantes, trabajadores autónomos, profesionales liberales, jóvenes que se incorporan al mercado laboral, etc, son abandonados a su suerte en esta sociedad en transformación y encuentran el olvido en esta izquierda que a veces parece más reaccionaria que los reaccionarios de siempre.

Vuelvo a decir que **la nueva situación política de Andalucía me parece peligrosa, pero debo añadir que no más que en Cataluña**, donde un grupo antisistema, antidemocrático, que solo acepta la legalidad si es la que él dice como las CUP, que tienen medios para amedrantar a los que no están con ellos y soporte en el gobierno de la comunidad para hacerlo, llevan más de una década siendo miembro del Parlamento autonómico y condicionando toda su actuación, con el añadido de que hay muchos sectores xenófobos y supremacistas de esa sociedad a los que les viene de perlas ese condicionante y les sirve para **intentar imponer su “hoja de ruta” secesionista apoyados en su mayor riqueza y en la mejor estructuración de su sociedad**, de la que están excluidos los que no están por hacer patria ni república. Y qué decir del tacto con el que algunos sectores de los “alternativos” tratan a los hasta hace nada justificadores del asesinato político en el País Vasco, sin que hayan proporcionado, en su nueva situación, justicia ni satisfacción a las víctimas, sino que aún manifiestan exigencias de reconocimiento por no llevar a cabo ya su antigua tarea.

Por ello, en mi opinión, y sin que sepa a estas alturas qué es lo que puede ser mejor (¿alguien lo sabe?), entiendo que la respuesta no pasa por la que se ha dado desde el minuto 0 por esa izquierda nueva que parece asentada en los esquemas de hace 100 años: todos los que no les bailan las gracias son de extrema derecha. Así que **ya tenemos una Andalucía con un 50% de votantes de la extrema derecha...** y para separarlos de ella, nada mejor que montar jaleos. En vez de analizar sus faltas de análisis y raciocinio, los culpables son los demás... aunque ello alcance a la mitad de la población. Si la situación no fuera peligrosa, el llamamiento al **“pacto antifascista”** sería de risa, aún sabiendo que los planteamientos de VOX son retrógrados y antimodernos. Pero su planteamiento en un parlamento regional no va a dar lugar a nada porque nada tiene que decir ese parlamento sobre ello. Combatir esos planteamientos no pasa por darles trascendencia, sino por **“tragarse”** con la situación de la misma manera que las fuerzas constitucionales asumen las embestidas de la CUP o los rufianes y sus cómplices en Cataluña: **con la Ley y la convicción de no romper la convivencia social.**

Llevo tiempo diciendo que España va recorriendo a ritmo lento el camino de la radicalización que se produjo en la II República, radicalización que si entonces estaba motivada (en mi opinión) en una actitud de las fuerzas de derecha muy insensible hacia los problemas de la inmensa mayoría de la población, ahora tiene padrinos más diversos. No es menor la diferencia del ambiente internacional de entonces con el de ahora, aunque el actual tienda a degradarse con tanta rapidez. Pero los regímenes fuertes del presente no han llegado a ser los regímenes nazi y fascista de Alemania e Italia en los años treinta. Ni la sociedad española de hoy, aún con todas sus lacras y miserias, llega a los extremos de indigencia y opresión de los jornaleros del campo de entonces ni a las condiciones en las que se desarrollaba buena parte del trabajo en las industrias o las condiciones de vida paupérrimas de los segmentos más populares del país.

Pero nada de ello es obstáculo para que esa polarización avance; los secesionistas catalanes la impulsan, los “alternativos” de España la usan como escudo para no tener que explicar sus políticas y el PP trata de cubrir sus corrupciones con slogans que las azuzan. Todas **las polarizaciones tienen urgencias para afrontar los que ellos consideran problemas, pero no para los de los demás**. Las urgencias en resolver problemas enquistados no son nunca buenas y España tenía muchas en los años treinta. Por ello se llegó a una **guerra no solo incivil** sino en la que el exterminio del contrario fue el leitmotiv de demasiados.

Ahora, entiendo que España no tiene tantas urgencias, pero sí muchos de sus actores políticos, como decía recientemente en otro artículo (“**Hartos de las dos Españas**”): acabar con el capitalismo lo es tanto como acabar con la monarquía española, lo que, de camino, puede dar la independencia a algunos... En todo ello ¿se atiende a cual sea el interés de los segmentos más necesitados de nuestra sociedad? Algunos análisis que oigo me hacen pensar que **existen más urgencias en sectores de las clases medias** (trabajadores públicos, profesores, políticos en vías de convertirse en profesionales, élites urbanas de las áreas más avanzadas, personas más ideologizadas...) **que en los más populares de los barrios de las periferias**, que se conformarían con que su situación no se deteriore más... En esta situación están muchos andaluces, que alimentan la abstención, hartos de unos y de otros y que ven con desdén las broncas de los políticos, todos los cuáles tienen sus sueldos asegurados... que pagamos entre todos, claro.

En el año 1933, las derechas ganaron las elecciones generales gracias a dos cosas: el primer voto que emitieron en España las mujeres, segmento social con una fuerte influencia de la iglesia católica, y la abstención de los anarquistas que, en su ingenuidad o en su miopía, creían que los gobiernos republicanos con su actitud legalista solo habían servido a los intereses de los “señoritos”. La respuesta de las izquierdas de entonces (levantamientos de los anarquistas, radicalización del PSOE y conversión al leninismo de su jefe, Largo Caballero, huelga general política y levantamiento de Asturias del 34...) entró en la categoría de error histórico, como dijeron casi de inmediato algunos de sus dirigentes de entonces. ¿Vamos a repetirla? ¿Las próximas elecciones generales van a ser una nueva edición de las de 1933, a ver si esta vez las ganamos, ya que ahora las mujeres están con nosotros (se supone, claro, porque *somos los feministas*)? ¿Seguiremos luego en la misma senda, imperturbables, *hasta la victoria final* (asegurada, claro está) sin más base que nuestra soberbia en la creencia de que “el lado bueno de la historia” está con nosotros, sin pensar en que, tal vez, no lo esté la legalidad o, en el peor caso, pensando que... y eso qué importa? O tal vez pueda ser que ya hemos llegado a 1936 en el que las dos partes se consideraron listas para el enfrentamiento final... ¿Pondrá alguien cordura en la actual dinámica?

MARTÍN RÍSQUEZ